

COLMENA
UNIVERSITARIA

23

SEIS CUENTOS

luis h. ducoing gamba

hermelinda acevedo lópez

guillermo f. gállego urtaza

morelos herrejón

COLMENA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Lic. Enrique Cardona Arizmendi
Rector

Lic. Néstor Raúl Luna Hernández
Secretario General

Lic. Pedro Vázquez Nieto
Jefe del Departamento de Acción Cultural

Mtro. Luis Rionda Arreguín
Director de la Publicación

Virgilio Fernández W.
Diseño de Portada

PUBLICADA POR

LA UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO
IMPRESA UNIVERSITARIA

LA COLMENA UNIVERSITARIA está abierta a todas las corrientes del pensamiento, pero no adquiere responsabilidad alguna por los conceptos expresados en los trabajos que se editen. Esa corresponde exclusivamente a los autores.



23

UNIVERSITARIA

ORGANO INFORMATIVO DE LA UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

AÑO 3 :: Guanajuato, Gto., septiembre 25 de 1973

sumario

PRESENTACION 3

Luis H. Ducoing

MADO 5

LA ULTIMA LLAMADA 8

CHEMA 11

Hermelinda Acevedo López

ROCAS DE FUEGO 15

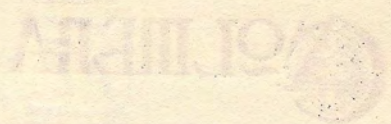
Guillermo F. Gállego Urtaza

UN VIAJE INCREIBLE 19

Morelos Herrejón

OQUICHTLI Y XICOATL
(El Hombre y la Estrella Fugaz) 25

23



UNIVERSITARIA

ORGANO DE ADMINISTRACION DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

AÑO 1992

D
G-UFL

FECHA	ACTO
1	...
2	...
3	...
4	...
5	...
6	...
7	...
8	...
9	...
10	...
11	...
12	...
13	...
14	...
15	...
16	...
17	...
18	...
19	...
20	...
21	...
22	...
23	...
24	...
25	...
26	...
27	...
28	...
29	...
30	...
31	...



Presentación

Entre los años de 1958 a 1960 hubo en la Universidad de Guanajuato, un grupo formado por cuatro jóvenes estudiantes decididos a dar el primer paso que los iniciara en las penosas labores de la narrativa. El medio que los dio a conocer para enfrentarse a la crítica, era un cuadernillo llamado "Clavileño", que aparecía sin regularidad, pero que les permitió apuntar la intención de no detenerse en la marcha que habían elegido emprender. Había en estos noveles autores Manuel Maldonado, Rodolfo Horner, Luis Ducoing y Urbano Quesada, balbucesos y promesas, inquietudes y deseos de buscar y alcanzar lo que apuntaban ser. Es una etapa en que la lectura de obras literarias se realiza con avidez, en un afán por irse descubriendo. Existe en ellos la firme voluntad y necesidad de expresarse, no como consagrados poseedores de un estilo propio y definido que aún no tienen, sino como iniciados que tratan de forjarse uno.

Los cuentos que en esta ocasión se presentan al público fueron escritos por el autor hace más o menos quince años, en su época estudiantil. Al ser recopilados estos relatos, del entonces estudiante Luis H. Ducoing, se trató de reunirlos en un orden cronológico, de tal modo que permitiese al lector seguir su proceso evolutivo. En su obra literaria surgen los personajes sacados de la pro-

vincia mexicana, como "El Chema" que "conoce la historia, la filosofía, que es el principio de un kilo de cosas" y que "le atora con cualquiera y en donde quiera". Algunos personajes de sus narraciones usan el lenguaje franco sin eufemismos del habla popular, como "Clemente" que era su amigo y le había dicho: "Matías, esa hembra me cuadra, ya le eché el ojo, empréstame el tordillo que hoy me la llevo".

En sus breves narraciones se configura en ocasiones a los personajes con pinceladas y detalles externos y en situaciones caricaturescas, tal como nos presenta en Madó al presidente municipal con sus sobresalientes bigotes y su reducido tamaño. También utiliza una técnica narrativa en que destaca a uno de los personajes, en este caso Madó, la incansable bailarina, quien simboliza "el comienzo de una nueva etapa", la Revolución que viene a sacudir al pueblo de su modorra. Como escritor tiene la aptitud de captar la realidad y exhibirla con sus personajes, escenarios, asuntos y desenlaces, en exposiciones realizadas con habilidad y destreza.

Quien tenga interés por averiguar el sentido de los cuentos de Ducoing, tendrá que volver la vista al período en que tuvo lugar su formación de estudiante, que conoció el aire impregnado de religiosidad de los pueblos, lo mismo que los rostros salpicados de lágrimas. Sólo quien sabe que la vida es drama diario, está dispuesto a expresarlo. Las verdaderas obras nacen de superar los obstáculos que salen al encuentro, no de caminar por senderos alfombrados de romas posibilidades.

LUIS RIONDA ARREGUÍN

Madó

Revista "Clavileño" de la Universidad de Guanajuato.
Págs. 13, 14, 15 y 16. - Agosto de 1958.

¡MADO va a bailar! Sí, Madó, por la noche en casa de Tafolla. Estas palabras circulaban como invitación entre un grupo de alegres muchachas que rodeaban a Emma Tafolla, cuya casa se transformaría en improvisado escenario. Por vez primera se presentaba un acontecimiento de tal magnitud. De boca en boca pronto circuló la noticia y fue el tema y saludo del momento. Hasta el secretario de la presidencia, viejo historiador local, afirmaba revisando sus añejos documentos: "Estamos en el comienzo de una etapa, la Revolución da sus frutos, nuestro pueblo despierta de su letargo. Vivir para ver. Esto hará historia yo lo aseguro".

Era Madó una chiquilla de escasos ocho años cuando abandonó el pueblo, delgada, rubia y de grandes ojos azules; pero ahora después de dos lustros de ausencia lucía orgullosa su esbelto y bien formado cuerpo y brillaba su pelo bajando suavemente sobre sus hombros,

mientras sus ojos se perdían en una mirada azul.

La función estaba anunciada a las 9 de la noche. Y la casa de Tafolla se encontraba plétórica. Miembros de las más distinguidas familias se dieron cita con hora y media de anticipación golpeando sucesivamente la puerta que permanecía cerrada, para impedir la entrada de curiosos. Los rojos mosaicos del patio habían sentido la espumosa calabacilla y el rudo roce de un cepillo; los geranios lucían aún las gotas transparentes de una regadera y las enredaderas, que cubrían las paredes laterales, fueron previamente podadas e instaladas bombillas en los faroles que ordinariamente servían de adorno.

Tafolla estaba orgulloso, su puro cotidiano había sido cambiado por uno relativamente nuevo. Un

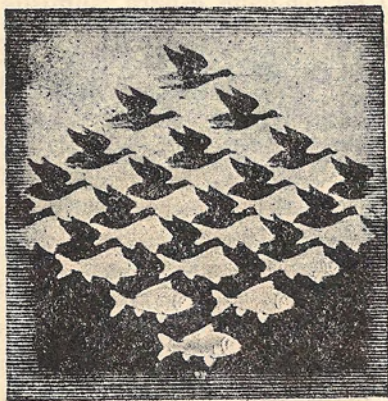
gran clavel rojo en la solapa de su solemne traje le hacía sentirse empresario cosmopolita y con cierta alegría en el rostro, repartía de cuando en cuando largas sonrisas de anfitrión satisfecho; pero estaba nervioso. Nunca en su casa, ni aún cuando su hija cumplió quince años se encontró tanta gente distinguida: El presidente municipal con sus sobresalientes bigotes y su reducido tamaño, el regordete Sr. Cura con las cofradías de la Orden Tercera, los persignados Caballeros de Colón y las empolvadas cotorras "Hijas de María", las damas de alcurnia sin dinero, los de dinero sin alcurnia, comerciantes, hacendados, niños bien, todo un conjunto heterogéneo. Tafolla caminando de grupo en grupo, saludaba con picardía a las quinceañeras guapas e inclinaba la cabeza respetuosamente con galana cortesía, compartía los chistes sandios y discutía brevemente de política con los integrantes del H. Ayuntamiento.

Madó venía de la capital, regresaba a su pueblo llena de vida, en toda su belleza, con la fama de primera bailarina conquistada tras largas horas de fatiga y continuos ejercicios. Tafolla ni tardo ni perezoso, adelantándose a todas las aso-

ciaciones pías y políticas, logró con repetidos elogios e incesantes adulaciones y súplicas que la joven artista honrara su casa bailando en el reluciente patio de color carmín.

Una multitud esperó ansiosa por espacio de una hora, pues Madó seleccionaba cuidadosamente su música y con el viejo radio del curato, un disco rayado de Copelia y otro medio roto de Tschaikowski, se presentó bajo una luz tenue surgiendo entre aplausos su ondulante y candente figura. Con pasos firmes y seguros avanzó al compás del roto vals, describiendo círculos y girando rápidamente, impulsada por sus frágiles zapatillas. Un eco de aprobación inundó el ambiente, pero Madó seguía danzando ahora por un largo corredor ante la mirada extasiada de jóvenes engalanados en ropa dominguera que seguían entusiasmados a la bella de caderas robustas, piernas bien formadas, ojos claros y pelo trenzado con listón negro sobre la espalda.

Al concluir el disco un intervalo de ovaciones y elogios detuvo sólo unos instantes a la bailarina que incitada ya por las notas de Copelia, se deslizaba otra vez, delicada, grácil y elegante. Al terminar nuevamente el disco, por cortesía se repitió, turnándose sucesivamente con el otro existente cerca de 15 veces. Pero el culto público empezó a fastidiarse. El presidente atuzándose el bigote, salió escurriéndose junto con su cuadrilla y poco a poco el selecto auditorio se redu-



jo a unas cuantas personas. Madó permanecía inalterable, incansable, formando graciosas siluetas e improvisando formas nuevas. La reducida concurrencia abandonó sin despedirse la casa. El Cura bostezando, se llevó su radio. Pero Madó bailaba. Por fin la familia de Tafolla, cansada ya, se retiró a dormir y una mano somnolienta apagó la luz.

La noche se envolvía entre las sombras y perdido en la obscura quietud, un último espectador con la figura del viejo secretario, triste meditaba. Y arrastrando los pies también abandonó el recinto. En tanto, el aire que rompía el silencio, se llevó sus palabras.

Estamos en el comienzo de una nueva etapa, la Revolución da sus frutos, pero el pueblo aún duerme su letargo...

Y la artista imperturbable danzaba, giraba su silueta y sus blancas zapatillas sobre el mosaico rojo inundado de colillas y del puro casi nuevo de Tafolla.

LUIS H. DUCOING GAMBA

La Ultima Llamada

El aire impregnado de las notas chillantes de una sinfonola opacaba el lánguido tañer de una campana. Los rancheros llegaban tapiando el espacio con sombreros, las caras sucias y morenas, los cuerpos gordos y flacos que se apiñan, se juntan, se amontonan. La tercera, la última llamada y las piedras dormidas y silenciosas se cubrieron de huaraches.

Matías Gómez también se encontraba allí, en el atrio, callado, apretado, con el fulgor del sol sobre la frente, el cabello pegajoso y desaliñado; mientras su chamarra de treinta pesos, la que ostentaba una monumental águila, era confundida con trenzas de listones arrugados y cuerpos envueltos en rebozos.

Era la fiesta del patrón del pueblo. El Obispo estaba de visita y habría confirmaciones, los rancheros lo sabían y casi todos tenían alguno a quien confirmar; así que ellas, engalanadas con enaguas brillantes y ellos, con sombrero nuevo, se vinieron al pueblo, algunos a pie, pero casi todos en manada. Y allí estaban ahora, frente al templo en paciente espera, sumisos y amontonados, respirando ráfagas de olor penetrante, olor de cansancio, sudor viejo y huarache nuevo.

Las puertas permanecían cerradas. Los ojillos de Matías miraban escondidos. El calor azotaba sus espaldas, le quemaba hasta los huesos y sobre el agrietado oscuro de sus mejillas el sudor corría lento, sin prisa, como aquel maldito día

en que estuvo escondido tras una cerca, allá por la cañada, donde la nopalera se hacía intensa. Recordó que Cándido Ramírez, el viejo mayordomo de "Los Duraznos" acompañado de sus hijos lo buscaban. Dizque querían "echárselo"

porque ayudó a Clemente a robarse a la hija del tal Cándido ¡Y como no ayudarlo! Era su amigo y le había dicho: "Matías, esa hembra me cuadra, ya le eché el ojo, empréstame tu tordillo que hoy me la llevo". Y se la llevó. Por eso se había escondido atrás de la cerca. Y ahora, en el atrio, volvía a ayudar a Clemente, llevando a su hijo a confirmar.

El ruido de la feria iba en aumento. Golpeaba los oídos de Matías el eco de la música estridente, chirriar de engranes y gritos. Pero ni modo, Clemente quería que fueran compadres y ahí estaba parado, soportando el sol y cargando al escuincle canijo y legañoso que envuelto en pañales de manta agitaba sus manos y miraba atónito al Matías de gruesos labios, bigotes lacios y dientes amarillentos.

La espera cansaba. Los rostros de ordinario oscuros estaban ahora amoratados. Los niños chillaban y sus madres para calmarlos sacaban sus pechos gordos o flacos. Matías no sabía qué hacer y estaba incómodo entre tanta vieja. El calor y el ambiente sofocante le habían



despertado el deseo de beber, de emborracharse con pulque, colonche, o con lo que fuera. El caso era largarse, mandar al diablo al mentado chiquillo, escabullirse de prisa hasta los juegos, al carcamán, a los dados, a la ruleta, a cualquier parte con tal de alejarse de aquella peste. Pero era tarde, el gentío lo empujaba y brazos y rebozos lo encerraban. No tenía salida.

Un monaguillo gordinflón abrió una puerta y la avalancha se hizo inevitable. El recinto fue tenazmente asaltado. El olor a incienso y a santidad desapareció entre las enaguas multicolores y grotescas. Matías intentó avanzar pero unas manos lo detuvieron; quiso voltear, pero un golpe seguido de un dolor agudo se lo impidió. Luego otro golpe y otro. Sintió que su carne se desgarraba, que su cuerpo se doblaba. Pero alcanzó a reconocer la voz de Cándido el viejo mayordomo que le decía: "Toma por alcahuete".

Matías sintió que un sudor frío le recorría de la cabeza a los pies y escapaba en sangre por la espalda. Su vista se empezó a nublar. Buscaba la puerta y sólo veía caras, muchas caras; luego en el cielo las torres de la iglesia parecían

moverse y daban vueltas, muchas vueltas. La gente en tropel seguía avanzando y cada quien deseaba ser el primero en acercarse. Nadie había reparado en él. Nadie le ayudaba. Hizo un impulso de caminar, pero sus piernas se estiraban duras y clavaban los pies sobre el suelo. Pero era necesario seguir, había que llevar al muchacho a confirmar y él sería el padrino. Y abrazando al chiquillo dio algunos pasos y luego se dejó arrastrar por la multitud.

Las piedras se limpiaron de huachaches. Afuera quedaba la feria con su ruido tenaz y altanero. Adentro, sólo el eco de bocas que se abren en rezos destemplados. El aire saturaba religiosidad y por allá, hundido en un rincón, en espera del Obispo, estaba Matías envuelto en sangre. Sus ojos escondidos miraban inmóviles. Su cuerpo estaba frío y una de sus manos aún sujetaba al chiquillo legañoso que agitaba sus piececillos. A lo lejos se acercaba la figura bonachona del Obispo.

LUIS H. DUCOING GAMBA

Chema

Revista "Clavileño" de la Universidad de Guanajuato.
Págs. 5, 6, 7, 8 y 9. - Junio de 1960.

La luz opaca de un foco, se proyectaba verticalmente sobre la cabeza de un cuerpo, que descansaba las manos en un mostrador cubierto en partes por láminas amarillentas, que dejaba entrever huecos apollados de madera vieja.

El mostrador estaba ahí. Era largo, podría ser del tamaño del cuarto pero no era recto. Una curva rompía su trayecto y daba vuelta para extenderse un pequeño tramo, sólo para formar un semicírculo. Únicamente para cerrarse.

Las manos carecían de movimiento, simplemente reposaban y caían cansadamente. Eran la extensión de un cuerpo que ardía en alcohol. El frío del mostrador las atraía para aliviar el constante calor de las venas, que al estirarse en dedos parecían confundirse en madera y lámina.

En la esquina de una larga calle, cerca, casi enfrente de otras tres esquinas, allá por donde el

pueblo empieza a perderse en jacales, se encontraba una cantina que era el último refugio de los borrachos. El lugar se conocía por "El Dique". En la encalada pared no existían letras que le dieran nombre; sin embargo así se le llamaba y no había necesidad de letrero para darle fama. Esa noche, aunque fría, escaseaban los clientes. Las botellas permanecían alineadas, inmóviles. En el fondo del vidrio de los garrafones se esparcía en colores, mientras el cantinero en un extremo jugaba dominó. Las fichas golpeaban sucesivamente la mesa con un ruido monótono. En la otra orilla, en un rincón, cuatro músicos hacían chillar sus instrumentos y con voces gangosas, entonaban vieja canción.

En un poste que servía de sostén a las vigas del techo, recargado, me encontraba. Enfrente de mí es-



taba Chema, podía verlo con la luz del foco encima de su cabeza y con sus manos en el mostrador. Su cuerpo más bien pequeño, se estiraba poco más de metro y medio de la altura del suelo. Estaba pensativo. El licor le brindaba momentos de quietud. Chema callaba.

Lentamente, sus ojos me descubrieron. Pareció reconocerme pues se dirigió a mí y dijo:

—Oyes. El Chema sabe historia. El Chema no miente. Y sus manos que permanecían en el mostrador se agitaban temblorosas en un laberinto de humo y se perdieron luego en una chamarra deste-

ñida que se estiraba cerca de unos pantalones, que caían tapando el color de unos zapatos.

Se acercó, había tomado la copa y en sus encías faltas de dientes, la lengua se asomaba como asustada y absorbía una y otra vez el mezcal que le quedaba en los gruesos labios.

—Por los clavos de Cristo, el Chema habla con la verdad. Tú me conoces, fui amigo de tu abuelo.

Y sus ojos vidriosos se estampaban sobre mí. Parecía que intentaban confirmar las palabras. Entretanto yo afirmaba con la cabeza, mientras los músicos seguían tocando en su rincón desafinados y tristes.

Hubo un silencio necesario mientras se servía nueva copa, luego otra vez, ahí estaba, con su quijada alargada hacia abajo.

—Oyes, oyes. Te voy a decir una cosa. Estos músicos no pueden conmigo, hacen ruido, yo hago música, están practicando, no cantan. Si tuviera mi guitarra hermano.

Y un suspiro se elevaba entre el ruido de fichas y cantos y se ahogaba en otro trago de mezcal.

—Con ella me inspiro, sé can-

ciones bonitas, canciones viejas y sin pluma. ¿Cómo crees tú, con pluma? Esos no son músicos. Digo que digo como dijo Napoleón: “La música es uno de los ruidos menos molestos”. Por eso mi guitarra tiene treinta y tantas cuerdas. Mi guitarra la llevo en el corazón.

¿Cómo no pueden éstos con sólo seis cuerdas? ¿O digo miento?...

Avanzó unos pasos para regresar con una guitarra. Se hizo silencio absoluto. Templó las cuerdas y el silencio huyó en pedazos cuando cantó.

*La reina de las flores de blanco se vistió
de cándidos aromas, se vistió de placer
qué dicha tan grande, al hombre le tocó
de haber nacido libre y después se cautivó.*

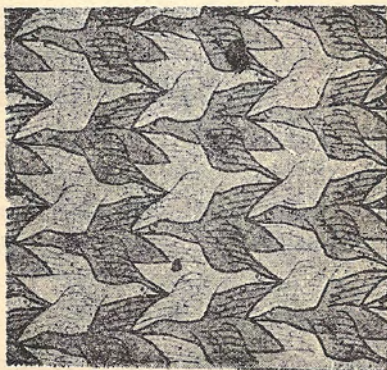
Dios creó a la mujer...

Seguía cantando, su boca se abría y se cerraba, pero era imposible entenderle, las palabras se ahoga-

ban en murmullos. Su cabeza se agitaba rápidamente para todos lados y dibujaba una sombra, que iba a detenerse, en el fondo descolorido de una pared.

Las copas volvían a llenarse y una tras otra desfilaban rebosantes de licor. “Oyes” me dijo, mientras que su nariz poltronamente se prolongaba en arrugas sobre su boca.

—Que canten como canta el Chema. Son chiquillos, son historia. No toman un litro de mezcal conmigo. Son pequeñeces. El Chema



le atora con cualquiera y en donde quiera, él nunca se ha rajado. Con el Chema nadie puede. ¿No es cierto? Soy el decano de los borrachos.

Alargó su brazo para tomar su copa y de un sorbo vació su contenido.

—Pues sí, me gustan los borrachos, porque siempre dicen que yo puedo, que yo ésto y ésto. Lo otro no tiene chiste. No me gustan los celosos, tienen miedo de la historia, de la vida. No tienen confianza. En cambio el Chema, conoce la historia, la filosofía, que es el principio de un kilo de cosas. El Chema ha vivido.

Y movía la cabeza semidescubierta de un pelo lacio, casi blanco, casi gris.

—Aquí me ves y para todos soy el Chema que canta. El apache, un pobre desgraciado. Ese soy yo. El borracho. Pero tengo mis tarjetas. El único soldado del mundo. Oyes, tengo mis significaciones número y letra. Yo tengo las notas. No soy hablador. Soy de verdad. Rómpe-me una botella sobre mi cabeza si miento. Tú conoces al Chema como cuete, no como soldado. El único que tiene registro y no le hace

caso nadie. Oyes, no, sólo buscan al Chema borracho que sabe canciones bonitas, pero como soldado, el único del 18, ése es el Chema. O miento yo el hombre de paz. La mano hermano.

Y me extendió la suya, cansada, fría. Y de sus ojos brotaron amargamente algunas lágrimas.

Las palabras guardaban silencio, el aire, borracho ya, trataba de huir por las ranuras de la puerta. Una copa se estrelló casualmente contra el suelo.

—Oyes, calla jilguero, te voy a cantar una canción mía, nunca la has oído, mía, toda mía. Se llama La Malvada.

Pero ya la guitarra se había ido con su dueño.

La noche se ocultaba en quietud y tristeza. Luego una calle larga, en que las piedras parecían convertirse en palabras. Sus palabras. En el fondo aparecía su rostro, envuelto en años, salpicado de lágrimas. Luego un mostrador largo. Y giraba su cuerpo pequeño, con aquellas manos, siempre sobre lámina y madera. Después sombras y frío. Sólo polvo, polvo...

LUIS H. DUCOING GAMBA

PRIMER LUGAR

en el Concurso de Cuento organizado por la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato y el Comité de las Fiestas de San Juan y Presa de la Olla, en el mes de junio de 1973.

Rocas de Fuego

- Fíjate bien, es roja, ¿la ves?
- No, es verde, mira.
- Es que no pones cuidado cuando se transforma. Vamos a empezar. Ahí está, ¿la ves? Es roja.
- No, aunque esté muy lejos yo la veo verde.
- Pero antes es roja y es lo que quiero que veas. Empecemos de nuevo, espera... ¡Ahí está! ¿La ves? Es primero roja cuando aparece.

No se por qué insistes en querer penetrar a ese gran recinto en el desierto. ¿Qué es lo que quieres encontrar? ¡Ah! ¿Completar en tu mente la última parte de aquel acto realizado hace tantos años, para poderte integrar nuevamente? Si así es, basta que penetres en ese lugar y al descubrir ese cadáver, casi esqueleto, te des cuenta que todo quedó terminado... cumplido, pero que tu sacrificio, que querías ofrendar conscientemente por todo un pueblo, tu gran pueblo, no fue suficiente para su integridad postrera. Pero anda, es necesario que llegues a donde tu ansiedad te conduce para que sea saciada con la integridad de tu recuerdo. Camina... penetra... dos pasillos a la derecha, ahora un descanso... ¿Recuerdas esa puerta clausurada de la izquierda? Bueno, no importa, sigue penetrando escaleras abajo a pesar de la oscuridad. Tal vez

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

COLECCION ESPECIAL

Escuela de Filosofía y Letras

es aquel pasillo que se abre más al fondo. Sigue...

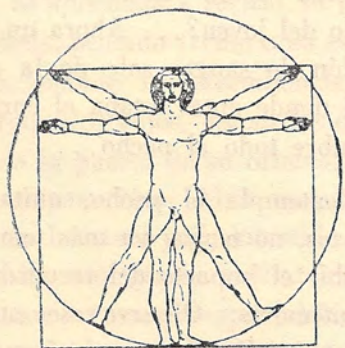
Piensa en esa parte de ti que te une a lo infinito, a lo santo, a lo sobrenatural... piensa, recuerda... debes lograr ese deseo que empezaste a realizar desde el principio de tu existencia cuando viste que había fuerzas superiores a ti. Piensa... concentra tu mente. Formula aquellas primeras ideas... ¿Recuerdas aquella luz fugaz en el espacio? ¿Cómo era? ¿Qué color tenía? ¿Rojo? ¿Verde? ¿Azul? ¿No era una luz brillante y fugaz? ¿Por qué te impresionó? ¿Recuerdas aquel volcán en erupción? Piensa, concéntrate... liga tus recuerdos...

¿Que recuerde? ¿Que te diga cómo es? Yo no se si fui al infierno. No puedo precisarlo, pero casi lo podría asegurar y dicen que todavía se puede ver más. Había unos grandes carros muy pesados. Cuando una pequeña chispa roja cayó en algunos de ellos se produjeron enormes llamaradas que cubrieron casi todo el campamento. En el campo contrario había carros más pequeños con gruesos cañones de hierro por los que fuerzas diabólicas escupían descargas de fuego que caían en los hombres de nues-

tro bando con el que sólo estaban divididos por un angosto río en el que chapoteaban las balas y los cuerpos cruentos de los hombres. Pronto se acercaron ambos bandos y se mezclaron. Ruidos estruendosos, cuerpos cubiertos de sangre tirados en el suelo, bombas, gritos, llantos, humo, confusión, llamaradas en los carros, todo era fuego... todo era sangre... todo era una sola llama roja...

—“Entonces la Muerte y el Ades fueron arrojados al estanque de fuego. En ésto consiste la muerte segunda: El estanque de fuego. Y cuantos no fueron hallados escritos en el Libro de la Vida, fueron arrojados al estanque de fuego”.

—¿Por qué te gusta tanto ese tipo de lecturas fastidiosas que sólo piensan en amenazar?



Abre esa puerta que te llama la atención. Sí, ábrela, penetra dentro. ¡Ahí está! ¿Lo observas? Anda, descúbrela para que te integres por fin. Quita esas vendas que cubren el rostro, pero a la vez empieza a recordar. Mira qué expresión de felicidad y satisfacción refleja a pesar del tiempo transcurrido. Pero sigue descubriéndolo, a la vez

que especulas en tu memoria el momento en que se quedó suspendido aquel acto en el recuerdo. Observa los lienzos del pecho, presentan otro color, se deja notar un tono rosa marchito. ¡Pero mira! En la cintura el lienzo tiene un color rojizo casi negro. No, no te detengas, sigue contemplando y plasmando en tu mente ese acontecimiento que ya percibes vagamente. Sigue... concéntrate...

¡Fíjate cómo las fieras lo atacan! Una fiera le ha rozado con sus garras la mejilla derecha y ha trazado una delgada línea roja en el rostro, mientras que de la boca corre un hilillo de sangre. ¿Sabe defenderse, verdad? ¡Este sí vale la pena! Mira ahora esa gran mancha roja en la pierna derecha. ¿La viste momentos antes que se viera roja? Presentaba un color rosáceo claro cuando la fiera desgarró la carne y después se puso roja. Observa bien, no pierdas la atención, para él cubrirse de rojo significa el honor más grande por su ideal. Además, él no es pasivo como los demás, él se defiende. Ya sólo le queda un brazo, el derecho y con

este se defiende con destreza; mira cómo trata de frenar a la fiera salvaje que se ha lanzado nuevamente sobre él... Ahora ya todo su rostro se cubrió de una espesa capa roja que llega hasta la espalda y cubre casi todo el pecho; no te distraigas, mira cómo hace valer él mismo su espectáculo... al final, sólo su recuerdo se cubrirá de gloria...

“Hermanos, ellos también se cubrieron de honor en aquellas tierras de infieles. Igual que su Maestro murieron y pudieron cubrirse con el manto púrpura de la sangre inmolada. Esta sangre cubre de honor a nuestro México porque uno de sus hijos, el primero, de todos aquellos que se entregaron, se inmoló en aquellas tierras tan lejanas”.

Mira cómo se acomodan todos los grupos en torno al gran monumento. Empieza la ceremonia. Dentro de poco entrarán las doncellas y los jóvenes ataviados todos con joyas, túnicas y mantos bordados en brillantes colores. Tocan los tambores, las flautas y los caracoles. Se acerca lo más solemne. Entran todos llevando en sus manos un pequeño vaso de barro del que sale esa aromática nube de humo

blanco. Ve cómo el hombre que está allá arriba lo recibe y lo ofrece. Ahora los jóvenes se postran a un mismo tiempo y se tienden sobre esas largas mesas de piedra con el rostro y el cuerpo frente al sol. Mira, el hombre baja, lleva en sus manos una hoja larga muy brillante... Se acerca al primero... ¿ves ahora cómo dos hilos rojos, casi negros y cada vez más gruesos corren por el cuerpo desnudo del joven?... Ahora un borbollón de sangre sale de la cavidad donde antes estaba el corazón y cubre todo el pecho...

Contempla el pecho, quita los lienzos, no tengas ya más temor a recibir el impacto del recuerdo en tu memoria. Observa ese cuerpo que te explica lo que pasó cuando perdiste el sentido al contemplar que de tu cuerpo brotaba aquella hermosa corriente roja... roja...

—¿Ahora ves que es roja?

—¿Roja? ¿Por qué roja? Yo no la veo roja y tu insistes en que es roja.

—Mira, pon atención nuevamente... es roja.

—¿Roja?

HERMELINDA ACEVEDO LÓPEZ

Un Viaje Increíble

SEGUNDO LUGAR

en el Concurso de Cuento organizado por la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato y el Comité de las Fiestas de San Juan y Presa de la Olla, en el mes de junio de 1973.

El Comandantísimo Carlos Sánchez se aprestaba a revisar su plan de vuelo, sentado frente a su escritorio, cuando la intermitencia de los foquillos rojos, colocados encima de la puerta de su oficina, llamó su atención. Algo marchaba mal en la nave, y él, investido por el más alto grado militar debía afrontar esa nueva responsabilidad, representada por el instantáneo enciende-apaga de los pequeños filamentos.

Nos hallábamos en una etapa más del esfuerzo efectuado por ETUPCEE (Estados Terrícolas Unidos Para Conquistar el Espacio Exterior).

Apresuradamente el Comandantísimo Sánchez caminaba hacia la sala de controles, cuando al voltear por uno de los pasillos de la enorme nave, fue atropellado por el Sargento de Comunicaciones Kenji

Yamashita, experto en electrónica de computación, quien corría a avisarle que la nave, por primera vez en catorce largos años, sufría un percance de orden superior.

Por medio de la transmisión del pensamiento (único medio que fue capaz de eliminar los problemas causados alguna vez, hacía muchos cientos de años, por algo que "captaron" llamarse TORRE DE BABEL), el Sargento Yamashita, comunicó al Comandantísimo Sánchez el hecho que sembró gran desconcierto entre las personas presentes en la sala de control: parecía no haber la más mínima comunicación con la Tierra.

¿Significaba esto el principio del fin del proyecto espacial, y de la vida de ciento nueve militares, re-

presentantes de cada uno de los estados miembros de ETUPCEE? A ojos vistos, así era, ya que el no haber intercomunicación con la Tierra representaba ir a lugar alguno cuya posición en el Universo fuera conocida, pues la G.C.T. (Gran Guía de la Tierra, enorme máquina computadora, cuyo tamaño obligó a sus creadores a ubicarla en el Desierto del Sahara, donde pudiera además aprovecharse la gran cantidad de energía orgánico-solar, de orígenes biológico y cósmico, que ahí incidía, para su funcionamiento), regía el destino de este viaje, y de casi cualquier suceso efectuado en la Tierra.

En poquísimos minutos y debido a la velocidad de la nave, cercana a los doscientos S.S.P.A. (Sistemas Solares por Año), la nave había perdido seguramente toda posibilidad de establecer su posición espacial por sí misma, lo que era completamente desalentador para la tripulación, pues significaba que habían trabajado inútilmente durante catorce años, que vividos en ese monstruo, y pensados por cada viajero de la nave en esos poquísimos minutos, parecieron una eternidad.

A pesar de que los militares tie-

nen un gran control sobre sí mismos, algunos de ellos descubrían en esos instantes que, aún al final de un camino, era necesario ver el principio; como sucedía con la Teniente Jackie O'Halloran, quien trataba de recordar la oración a San Patricio, que su bisabuela alguna vez le enseñó, cuando vivía con ella en aquellos verdes paisajes y bajo un cielo azulísimo; o como con el Cabo Li Wong, que en medio de su centro de operaciones, y colocado en posición de flor de loto, trataba de persuadir a su compañero, el también Cabo Pierre Gaudet, para que olvidara lo que hacía y se dedicara a las oraciones, y al arrepentimiento. Pero Gaudet, impávido, continuaba preparando el postre que comerían los que gustaran de comer aun bajo altas presiones emocionales. Indudablemente que John Smith, no lo haría pues él elevaba cánticos (¿o acaso los descendía?), aprendidos en la pequeña iglesia de Utah, la que había sido construida por orden de un ascendiente directo suyo; al mismo tiempo recordaba a su madre, en compañía de sus ocho esposos, (permitidos por su religión todos ellos), quien alguna vez le había dicho que siempre orara al anochecer; Smith pensaba que desde el despeque de

la nave, jamás supo nuevamente lo que era el día, . . . para él, aquel viaje era una noche eterna. No, definitivamente, el Sargento Smith no probaría el delicioso postre del cabo Gaudet.

Cuando el Comandantísimo Sánchez, acompañado de la Generala Paola Passolini y del Gran Coronel Valey Ivanov casi daban por terminada su deliberación sobre el destino de la nave, y habiendo llegado a la conclusión de que en realidad no tenía ninguno, una explosión fortísima les interrumpió, y casi inmediatamente, un suceso llamó poderosamente la atención de casi todos los ciento nueve tripulantes, (O'Halloran, Wong y Smith, aún estaban abstraídos espiritualmente): una refulgentísima luz apareció por los ventanales de la nave, ventanales enormes, que era posible tener, pues la tecnología de ETUPCEE había avanzado lo suficiente para descubrir un material tan resistente como el tiempo.

Así pues, la nave era casi totalmente transparente en su exterior. Su nombre le asentaba bien: VENTANA I.

Al disminuir la intensidad de la luz, se pudo notar que se acercaba una navecilla, cuyo tamaño era

infinitamente pequeño comparado con el monstruo cristalino; sin embargo, era notorio que poseía una velocidad mayor que VENTANA I, pues en pocos instantes, se hallaba posada en uno de los estabilizadores de ésta, a pesar de que cuando su silueta fue notada por el potentísimo radar de VENTANA I, la distancia entre ambas naves era de varias Unidades Astronómicas (una Unidad Astronómica es igual a la distancia de la Tierra al Sol).

Había cierto temor en la tripulación, pero la navecilla era el primer contacto con otra cultura cualquiera después de catorce años, un período muy largo de tiempo para este hallazgo, si se considera que ya en el Siglo Veinte, más de quinientos años atrás, se pensaba en la existencia de otras culturas extraterrestres.

Solamente la G.G.T. podría haber recopilado los múltiples pensamientos que en esos momentos cruzaban por las mentes de la tripulación, pero cuando el ocupante de la navecilla, por medio de alto parlantes pidió permiso para entrar en VENTANA I, los temores se disi-

paron, ya que todos los tripulantes aseguraban que había hablado en su idioma autóctono, y se sintieron seguros por ello, y por la seguridad que daba al sentirse superior, pues pensaban que el no haber descubierto el magnífico método de comunicación que era la transmisión del pensamiento, era una señal de atraso, y de debilidad del misterioso visitante, respecto a los conocimientos actuales de ETUPCEE.

La tripulación aguardaba con expectación a que el tripulante de aquella navecilla desconocida, apareciera finalmente, traspasando la hermética puerta que se abriría, (cuando parecía que nunca sucedería esto).

La primera aparición de OTSIRC, estuvo rodeada de luz, la luz que hacía ver la tranquilidad. Su figura era la de un humano común y corriente, aproximadamente

un metro y ochenta centímetros de estatura, su pelo le caía hasta los hombros, era del color de su barba y bigote, castaño claro, sus ojos claros y sus facciones muy finas. Se podría decir que era de piel blanca, excepto por una de sus extremidades inferiores, que era mucho más oscura, o mejor, negra. Tenía un casco transparente que más bien lucía como una aureola, y el resto de su vestimenta era de una especie de túnica espacial de color blanco, con una banda púrpura que atravesaba su pecho diagonalmente, desde el hombro izquierdo hasta el cinturón dorado que le fajaba los pantaloncillos que dejaban ver sus fornidos muslos. Era un hombre que representaba fácilmente el mucho camino que había recorrido, no solamente sobre su nave, sino también sobre las sencillas sandalias, que le daban un toque de humildad.

Cuando habló, no hubo dudas, sus palabras eran amor, y toda diferencia establecida antes del encuentro y a partir del hallazgo de la navecilla, fue completamente borrada de la mente de los tripulantes.

Fueron treinta maravillosos días, en los que OTSIRC explicó su procedencia. Su planeta de origen, Atenon Uneri Evimus (A.U.E.) había explotado, siendo comprendida así la refulgencia observada antes de la aparición de su nave. Dijo también que en A.U.E. hablábase el OEMARA, antiquísimo idioma, y que nunca se había hablado otro ninguno, pero añadió que era posible que todos ahí le entendiesen debido a que su cinturón dorado era un transmisor-receptor-traductor, lo que permitía que cualquier voz fuera transmitida en cualquier idioma, independientemente de su origen; así, eso equivalía a la trans-

misión del pensamiento, pero las longitudes de onda eran diferentes, teniendo unas mayor frecuencia de vibración que las otras.

El podría comunicarse en sueco con el Teniente Coronel Johan Larsem o en árabe con el Capitán Abdul Jafet y al mismo tiempo hacer que le entendiese el resto de la tripulación de VENTANA I. Para él no existía imposible.

Toda la tripulación pudo de nueva cuenta sentir el gozo (ya olvidado por ellos), de volver a hablar y algunos no podían siquiera articular palabra, tal vez por la emoción... , o tal vez porque no recordaban como hacerlo.

OTSIRC pudo fácilmente encontrar el desperfecto de VENTANA I,

y restablecer así contacto con la G.C.T.

La Tierra parecía entonces, ser sólo un ciudadano que por su ventana se asoma al otro lado de la calle para platicar con su vecino.

El regocijo de todos los terrícolas fue indescriptible; en la Tierra, después de angustiosas horas, todo mundo recuperaba sus esperanzas, quizá ya perdidas; y en la nave, aquello era una fiesta: Sánchez bebió tequila, Ivanov vodka, McCluskey whiskey, en fin, la felicidad reinaba ahí.

El día treinta, después de la llegada de OTSIRC, apareció otra navecilla idéntica a la suya, pero la felicidad en la nave no paró, indudablemente debía tratarse de otro sobreviviente de A.U.E.

Y cuando se abrió la puerta hermética, la tripulación vio de nuevo



a OTSIRC, pero El estaba sentado todavía a la derecha del Comandantísimo Sánchez, y éste pensó que debía ser su hermano gemelo; todo mundo se enteró de su pensamiento, y lo reafirmó.

OTSIRC, aunque sorprendido, se levantó a abrazar al nuevo visitante, a pesar de no conocerlo. Cuando caminaba hacia él, éste sacó una arma, y lo mató.

El Comandantísimo Sánchez, perplejo, se avalanzó sobre el asesino de su preciado amigo, pero un campo de fuerza le impidió acercarse.

Impotente, le preguntó el porqué de esa actitud hacia OTSIRC, siendo éste un ser bueno, y casi podría jurarse que ambos eran hermanos.

La respuesta del asesino fue hecha calmadamente. OTSIRC tenía la extremidad inferior izquierda negra, mientras que él la tenía blanca, sucediendo lo contrario con las extremidades inferiores derechas.

El Comandantísimo Sánchez quiso gritar que el mundo había ido demasiado lejos, pero sólo lo pudo pensar.

Entre tanto, ERBMOH se había marchado.

GUILLERMO F. GÁLLECO URTAZA

(El Hombre y la

Estrella Fugaz)

Oquichtli y Xicóatl

TERCER LUGAR

en el Concurso de Cuento organizado por la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato y el Comité de las Fiestas de San Juan y Presa de la Olla, en el mes de junio de 1973.

Ayes... lamentos... llantos. Cayó la Gran Tenochtitlán. Fue bajo el signo del año 3 - Casa, en el día 1 - Serpiente.

Oquichtli no era un príncipe, pero sí un valeroso capitán azteca de la guerra. Pudo huir de los invasores gracias a su fortaleza excepcional. Cuando ya estaba casi acorralado, se abrió paso entre sus enemigos a golpes de macana y defendiéndose con su escudo. Varios soldados quedaron tirados y él pudo llegar hasta el lago. Unas veces con el agua al pecho, otras nadando o medio arrastrándose, y con la ayuda de la noche, se alejó de la ciudad y de sus perseguidores.

En la huida perdió su macana con puntas de pedernal y serpentina; sólo conservó su escudo y su lanza. Entre los carrizos y tulares encontró refugio durante el día; por las noches emprendía la caminata, sin abandonar las riberas de la laguna. Ranas, culebras y plantas silvestres fueron su único alimento durante esa dura y lenta travesía. Siguió siempre el rumbo del Oriente, aún después de abandonar las aguas, hasta internarse en la Sierra Nevada.

El bosque de pinos y oyameles, así como las nieves eternas de los volcanes, le sirvieron de sedantes. Bajo su protección empezó a tener tranquilidad en su abatido espíritu, y el frío de las montañas le proporcionó alivio a sus heridas y a sus angustias.

¿Qué habría pasado con su pueblo?; ¿Cuántos de sus hermanos de sangre y de raza estarían muertos?; ¿Qué sucedería en el futuro? Estas y otras muchas preguntas se hacía, sin encontrar respuestas, lo único que sabía (pues se lo había jurado a sí mismo y a sus dioses), era que algún día tenía que regresar a cobrar venganza.

Con la paciencia característica de su raza, fabricó un buen arco y flechas de varios tamaños, con puntas agudas, romas, o delgadas como estiletes, a base de tallar y pulir piedras de obsidiana o pedernal, para destinarlas a la caza de los distintos animales que abundaban en esa región. Así pudo alimentarse mejor, dejando de comer hierbas y pequeñas sabandijas. Y el fuerte guerrero se convirtió pronto en ágil y certero cazador.

Recordó que siendo pequeño, un anciano sacerdote que había sido su maestro cuando estudiaba, les

hablaba, a él y a sus compañeros, de una cueva encantada que existía al pie de unos acantilados, por la región donde terminaba el bosque y principiaban las nieves de la Iztaccíhuatl, entre la cabeza y el pecho, en lo más agreste de esa sierra. En esa cueva, según los relatos, habitaron unos hombres muy extraños, amigos de sus remotos antepasados.

Acostumbrado a la férrea disciplina del ejército azteca y a la ruda vida de cazador que ahora llevaba, y con todo el tiempo por delante, se dedicó, afanosamente, a buscar ese mítico sitio: *Tepeóztoc* (cueva de piedra). Escaló las nevadas cimas; recorrió barrancas y cañadas; se internó en los tupidos bosques, pero su búsqueda resultaba infructuosa. Aquella gruta encantada no aparecía; o ¿sólo existió en la mente del anciano sacerdote?

Casi había desistido de su propósito, cuando en una ocasión que corría tras un venado al que había herido con una de sus flechas, resbaló en el borde, de un acantilado; cayó sobre las ramas de los árboles y después en unos arbustos que le ayudaron a amortiguar el golpe, pero de todas maneras quedó largo rato inconsciente.

Cuando volvió en sí, se encontró en una pequeña explanada rodeada por altos acantilados, salvo hacia el Poniente, donde terminaba en un profundo voladero. Había caído en una trampa, casi perfecta. *Oquichtli* consideró que la única salida posible era por el sitio de donde había resbalado. Un enorme pino se erguía paralelo al "paredón" del lado de la montaña. Del árbol podría observar alguna saliente rocosa que le pudiera servir para escalarlo y salir de aquella cárcel.

Apenas si había trepado a las primeras ramas del pino quedó frente a él la boca de lo que seguramente era una cueva. Unos diez metros lo separaban de ella. Ató el lazo de lechuguilla, que siempre llevaba consigo, a una rama más alta y, a manera de péndulo se meció hasta quedar a corta distancia de la oquedad. Un pequeño salto, y fue a caer en el lugar que había previsto.

Se quedó largo rato parado, en la entrada de la cueva, contemplando un hermoso panorama. Desde ese mirador se veía el valle en toda su extensión; aquí y allá centenares de poblaciones; los cinco lagos y las grandes ciudades ribereñas, entre las que destacaba Tenochti-

tlán; hacia el Sur la Serranía del Ajusco y al Poniente apenas si alcanzaba a recortarse el perfil de otra serranía.

Por otra parte, la entrada de la cueva quedaba oculta a cualquier mirada cercana; probablemente sólo podría ser vista desde el valle, a muchos kilómetros de distancia. Por fin había encontrado la cueva encantada, el *Tepeóztoc* de tiempos lejanos, y no dudó de que aquella entrada lo conduciría a ella.

Así fue; el estrecho túnel se iba ampliando a medida que avanzaba por él, y descendía como amplia escalinata en forma de espiral. Lo curioso era que a medida que la luz exterior se hacía más débil, una luminosidad que provenía del interior le iba dando un aspecto fantástico; más aún, cuando desembocó en una amplia estancia toda llena de una luz, cuya fuente original no podía precisarse. *Oquichtli* quedó maravillado; su asombro no tuvo límites; solamente se mantuvo firme por reconocer que se trataba de un sitio encantado.

¿Cuánto tiempo permaneció así,

con todos sus músculos en tensión? Nunca lo supo; en ese lugar se perdía toda noción de tiempo y de orientación.

Pasado ese lapso, cuando se sintió volver a ser él mismo, se dedicó a explorar el *Tepeóztoc*.

Toda la gruta era maravillosa, algo verdaderamente irreal. No hacía frío ni calor. El murmullo de algo parecido a un arroyo, al fondo de la gruta, llamó la atención de *Oquichtli*, y se encaminó al lugar de donde provenía ese ruido. Efectivamente, un arroyo de aguas cristalinas pasaba por el *Tepeóztoc*, y en dirección opuesta a la corriente una especie de pasadizo invitaba a caminar por la ribera derecha. *Oquichtli* caminó ascendiendo por aquel camino subterráneo, hasta encontrarse en una pequeña sala, donde terminaba, al igual que el arroyo, pues éste continuaba su curso hacia arriba, pero escondido entre las rocas. Lo más extraño era esa luminosidad que también se extendía hasta la reducida estancia a donde había ido a parar.

Las paredes, el piso y el techo eran de cantera, pero una cantera especial, muy dura y pulida, algo que nunca había visto *Oquichtli*. Más asombro le causó el compro-

bar que toda ella era de una sola pieza. No quería creer lo que veía y palpaba, pues se puso a tocar el suelo y las paredes, como para cerciorarse de que no estaba soñando. Al tocar una parte de la pared opuesta al arroyo, ésta giró sobre sí misma, dando paso a una plazuela circular, rodeada de altos muros que a *Oquichtli* le parecieron estar hechos de un metal semejante al de las armas y escudos de los invasores blancos.

Más allá de aquellos muros se podían ver las nieves de la Iztaccíhuatl, y arriba, muy alto, un cielo azul oscuro en donde ya brillaban

las estrellas. *Oquichtli* levantó la mirada hacia el cenit. En ese instante una estrella fugaz se desprendió del cielo y se dirigió vertiginosamente hacia él. Una luz muy potente lo cegó por completo y a la vez lo dejó paralizado. Cayó semiarrodillado y un alud se derrumbó con estrépito sobre él, dejándolo sepultado bajo miles y miles de toneladas de nieve.

* * *

Era el *Tiempo 4*; doscientas veces cuatro; más cuatro veces cuatro, desde el día en que los tenoch-

cas fundaron en un islote su futura ciudad.

El Popocatépetl y la Iztaccíhuatl seguían como guardianes del valle. La noche era tibia y clara. Una estrella fugaz cruzó el firmamento, hizo una parábola y cayó en la cumbre de la *Mujer Blanca*. La noche se trocó en día por breves instantes, para otra vez envolverse en su negrura. Toda la gente de los pueblos vecinos la vieron; unos gritaron llenos de terror; otros se santiguaron supersticiosamente, y los más, se postraron de rodillas pidiendo a Dios clemencia, piedad y perdón.

La estrella fugaz fue a caer en el sitio exacto donde *Oquichtli* había permanecido sepultado. El hielo, más que licuarse, se volatizó, dejando en medio de sus vapores a una mujer bellísima que se aproximó a *Oquichtli*, lo tomó de la mano para ayudarlo a incorporarse y lo atrajo a su regazo. El hombre despertó de su largo sueño; se frotó los ojos y quedó extasiado, contemplando a la mujer.

—¿Quién eres?, ¿de dónde vienes?



—Soy una estrella errante que viene de mundos muy distantes— respondió en el propio lenguaje de él.

—*Xicóatl*. . . *Xicóatl!*,— exclamó con vehemencia *Oquichtli*.

—Y tú, ¿dime también quién eres, de dónde vienes y cómo pudiste llegar a este lugar que nadie conoce?

—Soy *Oquichtli*, salí huyendo de Tenochtitlán después del gran desastre. Pude llegar hasta estos montes y por casualidad vine hasta aquí.

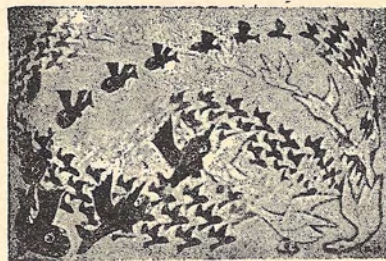
Xicóatl y *Oquichtli* quedaron en silencio, uno en brazos de otro. Sin decirse nada, se dijeron todo. *Xicóatl* se aproximó al muro, lo tocó suavemente en el sitio que ella sabía, y el acceso al *Tepeóztoc* quedó abierto. Ambos se internaron hasta la amplia estancia.

Al volver el muro a su posición anterior, una avalancha de hielo se precipitó en la enorme plazoleta para dejarla totalmente a cubierto de miradas curiosas.

Entre tanto, los habitantes del valle organizaron al siguiente día una verdadera procesión para localizar al meteorito que habían visto caer y tanto los había atemorizado.

Su afán resultó infructuoso, sólo encontraron el silencio y la solemnidad de la montaña. El miedo, las consejas y las supersticiones volvieron a hacer presa en ellos.

—*Oquichtli*, tus antepasados y mi pueblo fueron grandes amigos, pero aquéllos ya no existen, al igual que tus hermanos. Han pasado más de cuatrocientos años desde el día que llegaste a este sitio; cuatrocientos años de los tuyos, de la cuenta que tú conoces, no de los míos. Tenemos una concepción y una medida del tiempo diferentes por completo. No lo entenderás,



ni te lo podré explicar... ¡Solamente ámame, como yo a ti!

—Tienes razón, no lo comprendo, pero lo siento. No sé si eres, como tu nombre lo indica, una estrella fugaz que se ha convertido en mujer, una diosa que ha venido a mí o un fragmento de cielo que tomó figura humana. ¡Te amaré para siempre!... ¡más allá de tu tiempo y el mío!

* * *

Las lunas y los soles se sucedieron en rítmica alternancia. Los dos amantes vivieron con la pasión conjunta del fuego terrestre y el sideral, que cada uno representaba.

Xicóatl mostró a su amado todos los recodos de aquella cueva encantada. También le enseñó otra salida a través del arroyo, que iba a desembocar en una cascada, en medio del bosque de pinos.

Oquichtli salía en busca de animales y frutos silvestres con los cuales se alimentaban. Juntos recorrían las cimas nevadas, los montes y las cañadas, pero sin alejarse demasiado de la salvaje región donde estaban su refugio y el mundo que se habían formado.

Pero no faltó la mirada indiscreta de un habitante del valle, quien por una mera casualidad los descubrió cuando andaban caminando por la orilla del arroyo, un poco más bajo de la cascada. De momento creyó que serían excursionistas o cazadores que vagaban por esos apartados parajes, pero al observar la rara indumentaria de ambos, así como su porte y figura, no dudó en convencerse de que eran seres "extraños". De inmediato se fue al pueblo a propalar la noticia, adornada con toda una serie de adjetivos, reales e imaginarios.

Como si lo transportara el viento, el suceso se extendió en toda la comarca, pasando de boca en boca y siempre añadido con alguna exageración. Aquella gente, oprimida, explotada y fanatizada por más de cuatro siglos decidió que se tra-

taba de seres demoníacos. Varios de los más audaces se dedicaron a vigilar a los enamorados, que ensimismados en su felicidad, no se dieron cuenta del acecho a que fueron sometidos.

Quienes los llegaron a observar, hablaban de un hombre raro, ataviado con una como manta, un taparrabo y un penacho de plumas, a la manera de un "indio" de la antigüedad. Todavía más extraña era la mujer que andaba con él pues no se podía precisar su indumentaria, ya que una especie de resplandor se desprendía de todo su ser, no permitiendo ver sus vestidos. Algunos aseguraban que iba completamente desnuda. Otros que se cubría con telas metálicas de origen satánico o infernal. En lo que todos coincidían, era en considerarlos como pecadores, hechiceros o brujos que seguramente iban a ocasionar grandes males a los pueblos.

Decidieron organizar una expedición punitiva para exterminar a esos seres maléficos, y así aplacar a su Dios.

Oquichtli y *Xicóatl* se dieron cuenta de que estaban rodeados, hasta que unas palabras amenazantes, dichas en una lengua no comprensible para ellos, y varias

armas apuntándoles los transportaron a una realidad hostil.

Oquichtli trató de proteger a su amada con su cuerpo y con su escudo; echó mano al arco y a las flechas, pero ni siquiera pudo disparar una sola.

Una descarga cerrada dejó tendidos a los amantes. Cuando se aproximaron a ellos, aquellos fanáticos ignorantes llevaron una sorpresa todavía mayor de las que ya habían experimentado. Apenas antes de tocar el cuerpo del hombre, éste se convirtió en polvo, que un vientecillo rasante esparció por el valle. Donde debiera estar el cuerpo de la mujer, sólo quedó una silueta fosforescente que dejó momentáneamente ciegas a las gentes que habían cometido tan alevoso crimen.

Una desbandada de pánico, como estampida de bestias, puso fin a la expedición.

Los pobladores de esa región del valle todavía sufrieron un segundo impacto de terror, al contemplar con ojos horrorizados cómo esa noche dos estrellas fugaces se desprendían de la montaña nevada, para perderse en el firmamento.

MORELOS HERREJÓN



